

San Antonio de Padua

POR FRAY ANTONIO DE PADUA BARONA

(Conferencia en el Acto de Homenaje tributado por la Universidad
y por la Academia Santo Tomás)

Agustín de Tagaste ejercía en el siglo XIII una sin igual influencia de magisterio en el campo abierto del pensamiento medioeval cristiano y humanista, no sólo a causa de la luz intensa que irradiaba e irradia perpetuamente su universal prestigio intelectual, sino también por razón de la ascendencia predominante de su fecunda vida interior: sus éxtasis, sus angustias y la sed de lo infinito han embelezado a las almas y las han orientado en su inteligencia y voluntad hacia las alturas de Dios. Esta soberanía se justifica fácilmente porque San Agustín estructuró una síntesis o armonía entre el conocimiento racional del hombre y la revelación sobrenatural de Dios, entre el **Logos** platónico-alejandrino y el **Verbum Dei** evangélico, entre el **Eros** griego de la Academia inmortal y la **Charis** espiritual del apóstol San Pablo, entre la **Sofrosyne** luminosa y serena de inspiración humana y el **Ethos** emotivo y sapiente de la sabiduría divina.

Cuando en los albores de esta décima tercera centuria apareció, pleno de emoción mística y solicitud intelectual, el poderoso movimiento histórico del franciscanismo naciente, la renovación espiritual que le infundieron genéticamente sus ínclitos fundadores fue enriquecida en su vitalidad creciente por los elementos doctrinales del Obispo de Hipona. Dentro de los cenáculos y juntas escolares de la Orden Seráfica adquirió la energía moral de la tradición agustiniana fuerzas dinámicas de poderosa expresión en el pensamiento y en la vida, que se tradujeron en creaciones de nuevos tipos de actividad doctrinal y en movimientos de alta tensión psicológico-mística, como raras veces se había registrado en los do-

minios de la historia cristiana desde aquellos tiempos en que se cernió luminoso sobre las almas el mensaje eterno del Hijo de Dios.

Francisco de Asís armoniza y conjuga hondamente en su rica personalidad los valores conjuntos del mundo de la naturaleza y del mundo de la gracia, dentro de las vivas realidades de una experiencia práctica referente al mensaje incitante del Evangelio. Aquella universal concepción que tuvo el Poverello de la vida humana, moral y religiosa, fue la que devolvió al hombre en la décima tercera centuria del Medio Evo los instrumentos de su ascendencia y dominio sobre las creaturas y la plenitud libertadora de su propia alegría espiritual. Por eso el mensaje de Asís hubo de reanudar los procesos históricos del cristianismo primitivo y de producir una explosión totalizante de actividad en el pensamiento y en el amor de los grandes espíritus de la época. El movimiento renovador franciscano, tan profundo como beneficioso por su concepción de la vida, vino a ser en su poderosa germinación doctrinal y estética una especie de cálido fermento, cuyo proceso ampliamente evolutivo entrañaba desde su misma aparición los vigorosos renuevos de una florecencia universal agustiniana en el campo ético-religioso, con proyecciones a un tiempo causativas dentro de las artes y la literatura.

Cuando el Seráfico Padre Francisco de Asís encargó al Hermano Antonio de Lisboa la dirección de la primera escuela minorítica en la ciudad de Bolonia, iluminaban ya el amplio recinto de los claustros franciscanos las irradiaciones inextintas del pensamiento metafísico-místico de San Agustín. La Orden Seráfica vigorizó los procesos de su incipiente vida intelectual y moral con la poderosa y fecunda savia de las enseñanzas doctrinales del Obispo de Hipona. Aquel carácter de universal magisterio que había adquirido San Agustín, dentro del pensamiento católico anterior a la alta Escolástica, hubo de determinar las orientaciones definitivas de las tareas escolares del franciscanismo, en las especulaciones y sistemas de sus más grandes y genuinos doctores. Fue en realidad San Agustín el indiscutible maestro que imprimió modalidades hondísimas de estructuración espiritual y progresiva en el proceso evolutivo y creador de la naciente especulación franciscana. El Obispo de Hipona orientó firmemente a los primeros pensadores de nuestra escuela dogmática en la difícil y ardua tarea de la investigación doctrinal, para la creación de síntesis completas tanto en su carácter teórico e intelectual como en su movimiento psicológico de profundísima emotividad. Fue él quien comunicó formas estructurales a los ordenamientos vitales del primitivo pensamiento franciscano, dando impulso a la curiosidad constructiva de los jefes de la Seráfica Escuela, en el sentido creador de una finalidad intencionalmente anhelada. Al calor y luz de esta competente y sabia dirección intelectual, el pequeño mundo de Francisco emprendió con Antonio de Padua la expansión procesal de su propia cultura humanista y vitalizó así desde el principio los gérmenes embrionarios, pero pro-

misorios de su peculiar vida intelectual y de su propia finalidad histórica.

Pretender estudiar, con amplitud y espacio, el influjo universal e inmediato del hijo de Tagaste dentro de las escuelas del franciscanismo primitivo y naciente es un intento imposible para la breve síntesis de este discurso, puesto que sería labor larga y prolija marcar y registrar el caudaloso acervo que aportaron las tesis platónico-agustinianas al pensamiento inicial de los maestros seráficos. La verdad inconcusa de prestigio tan fecundo como constante se advierte y comprueba en el bagaje inmenso de la literatura cultural franciscana y en la misma producción plástico-gráfica de los más afamados maestros del arte religioso, medioeval y renacentista. Agustín, el Doctor de la Gracia, regenta allí la cátedra de su activa enseñanza ante la atención fija y estudiosa de los hijos de Francisco, el Amartelado del Amor. En obras famosas, de rigurosa severidad histórica, dejaron estampado el recuerdo precioso de este aprendizaje y de aquel magisterio algunos grandes artistas, entre otros Giotto, Botticelli y Francia. Así es que el espíritu seráfico se vincula desde un principio con el pensamiento llameante de San Agustín, mediante relaciones estrechas que expresan afinidad profunda entre el altísimo simbolismo del máximo Padre de la Iglesia y las tesis doctrinales de la Orden de los Menores sobre el misterio del Universo y el misterio de Dios. De tan alto origen derivan sus fuentes el maravilloso *Itinerarium* de San Buenaventura y el *Cántico del Sol*, pudiendo aseverarse con Efrén Longpré que las grandes obras que ha producido el movimiento franciscano, "en el orden del saber y en el orden del amor", se hallan todas fuertemente inspiradas en la escuela eterna de San Agustín.

Por la virtud misma del paternal mandato de Francisco un recién llegado, Antonio de Lusitania, asumía con entusiasmo en sus manos sapientes la dirección disciplinal y científica de las nacientes escuelas de la Orden de los Frailes Menores. Qué signo providencial determinó al joven Fernando de Bouillon a trocar la hopalanda de los Canónigos regulares de San Agustín por el oscuro sayal de los Menores? No habían llegado aún a Lusitania los ecos triunfales del mensaje de Asís, cuando el descendiente del gran Godofredo se preparaba en la ciencia y en la virtud para ser uno de los más celosos operarios en los campos del apostolado divino. Entre tanto iba extendiéndose como una luz de gloria por los caminos del mundo la creación magnífica del Heraldo del Rey Francisco el Poverello, reanimado con la palabra ardiente de la predicación y con los ejemplos fascinantes de un apostolado estupendo las granjas y alquerías del gran Padre de familias, en las cuales volvía a resurgir el suavísimo imperio de la verdad de Cristo y la vitalidad estupenda y omnipotente de su divino amor. Un día Fernando se entrevistó con los humildes hijos de Francisco que poco hacía habían llegado a Portugal, estableciéndose entre el canónigo de Cohim-

bra y los frailes de Asís—una poderosa corriente de simpatía, que había de arrastrar hacia los claústros seráficos al joven y ardiente lusitano. Vino a Italia por altísimo y secreto destino de la Providencia y en los campos iluminados por la luz meridional del cielo de la Umbría, conoció al Padre de los Pobres, en cuya profunda mirada vislumbró los inmensos proyectos de apostolado universal, mediante la predicación viva de la doctrina evangélica. No era nueva sin duda esta tarea gigante concebida por el Padre Francisco, pero se hallaba hondamente vitalizada por el espíritu de un hombre que puso toda la finalidad de su propia vida en asemejarse totalmente a Jesucristo Crucificado.

Fernando se había transformado en Antonio y con este nombre significativo lo conocerá el mundo contemporáneo y la posteridad. El nuevo fraile traía dentro de su ardiente alma el generoso e incondicional anhelo de extender hasta los confines del mundo el fúlgido esplendor de la Cruz de Jesucristo. Este su deseo fue reforzado por las corrientes vitales que unificaban en un todo el sentido hondamente apostólico de la nueva Orden de Menores y se expandían cual parábolas de luz primaveral sobre las tareas de estos peregrinos operarios, ávidos de ciencia y audaces capitanes de la virtud. Francisco adivinó en Antonio las capacidades del magisterio y columbró en lejanía las grandezas de su futuro e inmenso destino. Nómbróle Lector de Sagrada Teología en la fundación reciente de Bolonia y se regocijó ante las visiones de una elocuencia que había de conmover al mundo e iluminar las edades del porvenir. El primer lector o maestro de la Orden Seráfica llevaba dentro de sí el acervo luminoso de las doctrinas de San Agustín. Una afinidad espontánea ligaba estrechamente las relaciones místicas del espíritu seráfico al luminoso pensamiento del alma agustiniana: no se necesitaba, para una vertebración más firme y armoniosa, más que del vigoroso impulso intelectual de una personalidad tan hondamente influida por las doctrinas extáticas del gran Obispo de Hipona, como la del nuevo y santo doctor. Y este impulso de poderosa proyección para el futuro feliz de la Orden Seráfica se debió sin duda a la acción y al prestigio ejercido por Antonio de Padua durante los diez últimos años de su vida terrena y en las siete centurias que han pasado sobre su tumba inmortal.

Viniendo ahora a la finalidad histórico-doctrinal de este discurso se alza ante nuestras miradas la necesaria formulación de una pregunta anhelosa, que tiene venturosamente en su respuesta una plenitud afirmativa: tiene o nó sentido profundo de verdadera realidad doctrinal el vivo pensamiento que se refleja en las obras literarias de Antonio de Padua? He aquí nuestro estudio que, con sin par honor para nosotros, presentamos llenos de emoción desde las ya famosísimas aulas de esta reciente fundación y centro de inmensa cultura que lleva, con verdadera gracia y gallardía el significativo título de **Universidad Pontificia Bolivariana**.

En el proceso vital del pensamiento de Antonio de Padua se expresa poderoso y lumínico el carácter propio de su doctrina, que es fundamentalmente dogmático, ascético-místico y exegético. La rica exuberancia dogmática del Doctor Evangélico es sencillamente sorpresiva y se refleja espontáneamente en la página viva y movida de sus escritos, así como la diáfana luz de un espléndido sol riega en las ondas serenas y transparentes de los mares del Sur. Esta sapiencia teológica de Antonio se encuentra por decirlo así desparramada, como en grumos de luz, a todo lo largo de sus **Sermones Dominicales** y **Sanctorales**, en donde se expresa con nítida claridad el nervio medular de su pensamiento dogmático. San Antonio que, como lo dice el Reverendísimo Schaaf, es “el anillo que une la áurea tradición agustiniana a la naciente especulación doctrinal de los Minoristas Seráficos”, coloca en verdad la penetrante mirada intelectual de su pensamiento teológico en las espléndidas obras del glorioso San Agustín. La profundidad metafísica de la especulación teológica del Obispo de Hipona, apareada al carácter simbólico de su ejemplarismo revelador y universal, fue para el Doctor Evangélico una fuente perenne de luz y de calor que esclareció y enardeció sus propias consideraciones sobre los más altos misterios de la fe católica. Esta amplia contemplación teológica del Agustino, en que se delinea con divino arte el dogma cristiano sobre los marcos universales del ejemplarismo simbólico, se armonizó maravillosamente con los procesos psicológicos del Paduano, tan ricos en exigencias espirituales y tan plenos de vitalidad seráfica. En las exposiciones oratorias del extenso Sermonario Antoniano corre luminoso y abundante el caudal del pensamiento de San Agustín, sin reducirlo a sistema metafísico y vertebración dialéctica, mas dejándolo libre en inspiración eventual y creadora. De aquí que el primero y más citado de los Santos Padres, en estas páginas vivas de enseñanza popular y de ideogenia sapiente, sea San Agustín, cuyas altas intuiciones descubrieron a los ojos de Fray Antonio la cima iluminada de la ciencia teológica. El Obispo de Hipona ocupa un lugar preeminente en la teología seráfica del Paduano y de las obras profundas de aquel gran Padre y Doctor máximo de la Iglesia del Siglo V, extrajo el Doctor Evangélico las riquezas de su ilustración dogmática y las hondas meditaciones de su espíritu intuitivo. Tanto por la influencia universal del ejemplarismo platónico, como por el principado supremo que San Antonio de Padua otorga a la caridad divina, es específicamente agustiniana la línea vertebral de su doctrina teológica.

A la poderosa iluminación teológica-dogmática de la mente úne Antonio de Padua el práctico sentido de un movimiento ascético-moral para el espíritu. La ascesis le fue siempre familiar al Doctor Evangélico y hacia sus fuentes renovadoras se encamina constantemente la finalidad de sus exposiciones teológicas. En los **Sermones** nos habla el Santo con saludable empeño de las virtudes morales, que deben fecundizar el profundo meandro de la vida espiri-

tual y cristiana. Se escucha allí el eco potente de su persuasiva predicación sobre los orígenes infaustos del mal moral o pecado, sobre el peligro voraginoso que entrañan las pasiones desviadas de la sensualidad y del orgullo, sobre los medios eficaces de purgación para la conciencia y de santificación para el alma, sobre el poder invencible que en su evidente luz entrañan las insondables verdades de la fe, sobre la excelsitud divina de la gracia sobrenatural y la fecunda acción de la omnipotente caridad de Cristo. Háblanos allí el Paduano, con cálida e iluminada elocuencia, acerca de la caída original del hombre y la misericordiosa venida de Dios al mundo para salvarlo y nos recuerda, con la insistencia del celoso apóstol, el insondable misterio de la redención en la Cruz y el hecho arcano de la consumación final de esta gracia infinita en el juicio supremo y tremendo de los Angeles y de los hombres. Allí encontramos también sabias y preciosas enseñanzas sobre la consecuencia ruinosa de los vicios que mancillan y deturpan la belleza moral de las almas, sobre los estragos que causa la soberbia insana del pecador obstinado y audaz, sobre la vileza suma de la lujuria y la vergonzosa esclavitud del avariento, sobre la debilidad cobarde del iracundo y la miserable ansiedad del goloso, sobre la tristeza y constante martirio del que odia o envidia y sobre los perjuicios eternos de la infecundidad a que es arrastrado tanto el perezoso como el ocioso.

No descuida el perínclito Paduano, en sus luminosas y cálidas exhortaciones, llamar con clamores de padre y consejos de hermano al pecador impenitente hacia la regeneración divina de una muy honda penitencia salvífica, mediante la humilde confesión de las propias culpas y mortificación severa y constante de las inclinaciones levantiscas de la carne y sus concupiscencias. Llama así mismo y convida a los esforzados y generosos en la vida profunda del espíritu cristiano, para estimularlos a la práctica defensora de las altas virtudes morales, virtudes que sintetiza el Santo en breves cuadros de luz cuando habla sumariamente de la humildad y la pobreza, de la obediencia y la paciencia, de la mansedumbre y la paz, de la pureza y el sufrimiento, todo ello vitalizado por la gracia, iluminado por la fe y la esperanza y consumado en su plenitud radiosa por la divina caridad. Como medios eficaces de Santificación y de adelanto espiritual sobre los arduos caminos de la lucha moral, propone Antonio de Padua aquellos inefables instrumentos que Cristo Señor trajo al mundo de las almas, cuando emprendió el viaje humano-divino de Belén al Calvario y de la Cuna a la Cruz. ¡Qué de bellas y admirables enseñanzas trae el Paduano acerca de la omnipotente virtud de la gracia divina en el sagrado banquete de la Eucaristía! Qué de efusiones cuando expone a los oyentes la infalible eficacia de la oración humilde y esperanzada! Qué de palabras de amoroso encomio cuando vuelve su faz hacia el prodigio insondable de nuestros altares, que se convierten mediante el sacrificio de Cristo en montes elevados de misericordia y salvación para refugio seguro de las almas en este

presente y común naufragio de la raza humana. Enjundiosas y clarividentes exhortaciones brotan de los encendidos labios de Antonio de Padua, a fin de incitar a las almas a huír de su reprobación sempiterna en los dictámenes de un juicio inexorable y soberano. Magníficas voces de inmortal aliento vibran, con constante sonoridad, en estos Sermones morales de Antonio de Padua, cuya poderosa personalidad se refleja llena de luz y de aliento inmortal por la sapiente doctrina de sus enseñanzas y por la vigorosa comunicación de su propio espíritu. Antonio recorre allí toda la gama luminosa, sonora y vital de la ascesis cristiana, tratando sus variadas materias con una pericia de magistral encanto y arrebatada y sublime elocuencia. Por eso estas lecciones universales de la moral católica humano-divina adquieren en el Doctor Evangélico la unción profunda que hubo de expresarse omnipotente en el histórico Sermón de la Montaña, cuando Cristo cantó por primera vez al mundo de las almas su mensaje eterno de bienaventuranza.

Contemplado al través de la ardiente luz que proyectan los estados místicos de la unión íntima con Dios, el Doctor Evangélico es un maestro consumado y eminentemente práctico en la dirección de las almas. Según Herinck, goza el Paduano de una muy grande autoridad en la elaboración doctrinal del fenómeno místico, por una doble y justificada razón; por su elevada ciencia teológica y por su personal experiencia en los procesos arcanos de la vida interior. Hemos visto que como teólogo dogmático el hijo ilustre de Padua inmortal es discípulo perfecto de San Agustín; por la solidez doctrinal acerca de la fe, de la esperanza y de la caridad, por la especulación profunda acerca del misterio insondable de la Trinidad Beatísima, por la visión amorosa acerca de aquel otro misterio de profundidad arcana cual es el de la Encarnación del Verbo y todas sus consecuencias, por el conocimiento lumínico acerca de la economía universal de la Providencia en su gobierno sapiente de finalidades eternas, por todo ello se halla impregnado el glorioso Evangélico Doctor del hondo contagio dogmático procedente de San Agustín. La perenne irradiación teológica del Obispo de Hipona orienta sin cesar los vuelos místicos del Paduano en la luminosa trayectoria teórico-práctica de su vida unitiva, que es allí donde se caracterizan de un modo profundo los fenómenos místicos. Si en la exposición teórica de los estados místicos no llega el Santo de Padua al tecnicismo sapiente de un Buenaventura o de un Juan de la Cruz, o de una Teresa de Ávila, en la constante experimentación de los excelsos dones divinos se nos manifiesta como uno de los más espléndidos ejemplares de la vida contemplativa. Tras el trémulo velo de la palabra humana, expresada por Antonio con luminosidad creciente en la predicación popular de los misterios de Cristo, se vislumbra el fulgor de su espíritu místico y se adivinan las repetidas experiencias de una unión muy íntima y perfecta con Dios. Y así las **Leyendas** que narran con predilección el prodigio de su vida activa, nos hablan también de la al-

ñísima oración en que se abismaba su alma toda seráfica, de su penetrante contemplación extática, de su vida celestial, de su mente elevada y de su arrebatada sublimación hacia los coros angélicos que moran en las alturas del cielo.

Tomás Gallo, íntimo amigo del Santo, dió preclaro testimonio acerca de esta experiencia mística en que se sumergía la vida tan activa y apostólica del glorioso Paduano: "Frater Antonius de purae theologiae sensu mystico haussit plenissime, divini radii gratia per-illustratus". En los **Sermones** del Santo Doctor Evangélico se difunde una profunda luz celestial que es la que se escapa de su propia vida interior, puesto que con repetida frecuencia nos habla allí de las dulzuras que comunica a las almas interiores la contemplación, de la suavidad y la alegría que entraña el ejercicio constante de la oración, del gusto y sabor exquisitos que sienten los espíritus enamora-dos de lo eterno cuando se hallan en conversación íntima con Dios. Especulativamente estudiado al través de la doctrina espléndida que difunde el Santo a todo lo largo de sus **Sermones** y **Exhortaciones**, hallamos y palpamos lecciones muy profundas y soberanamente ilustrativas respecto de los estados que entraña la vida de contempla-ción mística, en su sublimidad extática y unitiva. No trata propiamente el Paduano de aquellos fenómenos extraordinarios que podemos señalar como accidentales o accesorios, pero que se verifican y expresan con frecuencia reiterada e ilustrativa en la vida profunda de las almas de muy alta contemplación: visiones, revelaciones, profecías, estigmatizaciones, ayunos maravillosos, milagros estupendos, anestesia de la vida sensible y otros más. El glorioso Doctor Evangélico solamente nos habla de aquellos estados de la vida mística en que se revelan sus fenómenos específicamente esenciales y ordinarios, tales como la contemplación infusa y la oración extática que se orientan por naturaleza hacia la perfección unitiva del amor de las almas con Dios.

Como muy bien lo anota el citado Herineck, la ciencia mística, "es más tributaria de la experiencia práctica que de la teoría espe-culativa, es una disciplina inductiva más que deductiva" y por lo tanto parte del análisis penetrante para llegar a una síntesis de con-tenido revelador e integral. Por ello mismo la elaboración sistemáti-ca y científica de los principios y leyes que estabilizan en general co—ya que puede haberlo en el orden natural—no puede ser confec-cionada al margen o con preterición de la divina experiencia perso-nal, que los santos han consignado en sus luminosos escritos de in-discutible y grandísima autoridad en la materia. Por la supina igno-rancia o descuido lamentable acerca de esta norma directiva y sa-piente, han ruidosamente fracasado los pseudo-profesionales místicos del racionalismo naturalista que intentan desde hace tiempo expli-car e interpretar las maravillosas obras que el supremo Psicólogo de la eternidad realiza en sus Santos. Esta es la equivocación maliciosa

y tremenda de un Max Nordau, de un Leuba, de un Miricier, cayendo también en las oscuras encrucijadas del naturalismo inversor. Máximo de Montmorand y William James no obstante su tendencia a considerar en los fenómenos místicos una sublimación super-excelsa del espíritu humano.

Razón sobrada tuvo Tomás Gallo al aplicarle a San Antonio de Padua las palabras que el sagrado Evangelio dirige al gran Bautista: **ipse erat lucerna ardens et lucens**, porque el inmortal Paduano es realmente incomparable como maestro místico. Experimentalmente canta Antonio los himnos melodiosos y arcanos de su propia vida interior y sublimada y su voz, conmovida ante las visiones de lo eterno, parece entonces que estuviese insuflada por la divina vibración poderosa del apóstol Pablo, cuando éste nos habla de la altura y profundidad de los misterios divinos. La palabra del elocuente Paduano adquiere aquí la fuerza y la musicalidad de los cantares salmódicos del Profeta Rey y el magnífico acento de Isaías en la relación de sus excelsas visiones e insondables comunicaciones. Antonio es un enamorado de Jesucristo paciente en las alturas tan luminosas como oscuras de la cruz; es un amartelado del amor divino—como lo era su Padre Francisco—porque su atención predilecta se dirige hacia las profundidades abismales del Corazón adorable de Jesucristo; es un privilegiado bardo de estro prodigioso y sonoro cuando entona sus cantares ardientes a la soberana realeza de Cristo o cuando pronuncia dulces endechas cabe el pesebre dismantelado de Belén. Cómo no saltaría el Santo de júbilo y de amorosa locura, cuando el divino Infante sorprendentemente entraba en su desnuda celda para hacerle una visita secreta y familiar! Acaso no ha dicho el enamorado Paduano de este eterno y pequeño Rey que es la “beatitudo angelorum”? **Quem Amor humanavit** es ciertamente el Niño de Belén y por eso Antonio se transfigura por el amor hacia este Niño eterno del Padre Celestial, que quiso ser llevado en los brazos de una Madre humana y habitar en su virginal seno.

En virtud de esta profunda experiencia personal en la vida mística y arcana, pide el Santo a las almas, que anhelan la unión íntima con Dios, el ejercicio y la práctica de aquellas virtudes predispositivas que señalan el camino purgativo y oscuro hacia las cumbres radiosas de la contemplación, tales son la fe sobrenatural rendida y obsecuente, la pureza perfecta del corazón, el desprendimiento generoso de las creaturas, el espíritu de pobreza y la pobreza de espíritu que agilitan el ascenso a las alturas de Dios, la simplicidad intelectual, ajena a toda curiosidad irracional e indiscreta, la humildad profunda que atrae los excelsos dones de las altitudes infinitas, la obediencia alegre y pronta en la largueza de sus sacrificios, la castidad angelical, el recogimiento de la mente y de los sentidos humeantes y fisgones, la perseverancia victoriosa en la oración, la divina esperanza teológica y la caridad que es consumación y vida de todo dón y de toda gracia sobrenatural. No fueron acaso éstas sus

egregias virtudes? No fue aquel el camino de su purgación sufrida y voluntaria, de su iluminación constructiva y ascendiente, de su misión contemplativa y extática?

Antonio de Padua se manifiesta finalmente como intérprete magistral de las Escrituras Sagradas, y a ello debe singularmente su título significativo de "Doctor Evangélico". Fue en verdad un experto enamorado de la palabra divina y con la penetrante visión del amor hubo de adentrarse hondísimamente en el contenido abismático de las enseñanzas de Dios. *Litteras nescit qui Sacras non novit*, afirma categóricamente en uno de sus Sermones. Causa asombro y sorpresa la ingente citación textual, que hace Antonio en sus escritos, de innumerables pasajes de las divinas Letras. Esta fue la razón por la cual oyéndolo predicar el Papa Gregorio IX exclamó, dirigiéndose al eximio orador: *Vere Ille Arca Testamenti est y divinarum Armarium Scripturarum*. El analista máximo de la Orden Seráfica Fray Lucas Waddingo afirma del Santo de Padua que "no inmerecidamente le otorgó el Pontífice la alabanza magnífica de ser como "Arca del Testamento", porque tenía tan grabadas en la memoria las páginas y lecciones de uno y otro Testamento que, a semejanza de Esdras, hubiese podido restituir, en caso dado, todas, íntegramente todas las Escrituras divinas".

De esta extensísima ciencia bíblica, acoplada a una erudición no común de los Santos Padres, dan eocuente testimonio las luminosas páginas de sus innumerables Sermones, puesto que allí se guarda como "oro en paño" el rico tesoro de su docta sabiduría. El Santo Doctor Evangélico—discípulo aprovechado de San Agustín y lector asiduo de otros Padres de la Iglesia—busca con preferencia marcada la interpretación alegórica y simbólica de los sagrados textos. Su exégesis no se dirige por tanto a una exactitud filológica y crítica, o a una glosa estrictamente literal de sabor lingüístico—y científico respecto de las Escrituras Santas—tendencia preferida hoy por los modernos intérpretes, sino que inquiere e indaga con señalada predilección las aplicaciones morales y adaptaciones alegóricas en un sentido diáfano de exposición mística o ascética. Y aquí es donde el Santo abre las ventanas de su inspiración y aplica la penetrante mirada de su alma en las profundidades arcanas de los misterios divinos. Aquí es donde fulge con esplendor su eximia ciencia teológica y su clarividente conocimiento místico. Aquí es donde usando del simbolismo sugerente y creador y del hondo sentido traslaticio—tan frecuente en los Santos Padres—dá rienda suelta y amplísima cabida al pensamiento intuitivo de su enamorado espíritu. La solidez dogmática del Doctor Evangélico y su acertado sentido psicológico se conjugan en admirable vínculo de amor para construir las sapientes enseñanzas de su predicación. Porque debemos recordar, que si Antonio de Padua afirmó con San Agustín que "el que no conoce las Sagradas Escrituras no sabe nada", por otra parte nos dejó esta otra luminosa sentencia que expresa su aprecio por los valores imponde-

rables de la Teología Dogmática: **sola Theología est canticum novum, in aure Dei resonans et animam innovans**, acentuando con ello también su concepto corriente y saludable sobre la eficacia práctica del dogma en los azares de nuestra vida.

De este venero, rico en filones de doctrina admirable, brotan sus eruditas disertaciones referentes a los misterios que entraña la profunda personalidad de Jesucristo, simultáneamente con la de la Virgen María. Con honda certidumbre aplica San Antonio de Padua su sapientísima competencia exegética a la inefable doctrina teológica del **Primado Universal** de Jesucristo. Arranca este magnífico pensamiento de la misma sublimidad primacial que Antonio otorga a la virtud de la caridad, como fuente que es de las obras divinas **ad extra** y consumación espléndida de suprema finalidad. Dios obra por amor y en el amor divino y eterno se perfeccionan y consuman los designios creadores y finales de su bondad comunicativa. Si la caridad eterna domina con soberanía suprema los panoramas universales de los designios de la sabiduría infinita de Dios, la voluntad divina y omnipotente—que es atributo de libertad y de acción unitiva, porque es el sujeto propio y como la potencia causativa del amor—debe necesariamente asumir en sus atributivos poderes el gobierno absoluto de la creación universal. De tan profundo concepto se desprende que la inefable comunicación de la caridad de Dios **ad extra**, debe consumarse hipotéticamente en la mejor y más insondable de sus obras; la Encarnación del Verbo.

Extrayendo audazmente Antonio de Padua de sus propios conocimientos escriturísticos los textos sagrados que confirman esta su tesis dogmática, no duda en afirmar que Jesucristo es la causa absolutamente final de toda creatura y por tanto el **Príncipe** de la creación universal. El mismo dice y confiesa que hubo de hallar la justificación exegética y adecuada de tal **Principado**, en el libro de los Proverbios, cuyo texto aludido aplica en un sentido traslaticio de rigurosa fidelidad dogmática: **Dominus possedit Me in initio viarum suarum**, sacando de la sentencia sagrada esta inmortal paráfrasis de proyección infinita: “Dominus creavit Me Principium viarum suarum in opera sua: quod de Incarnatione Domini legitur **creavit Me Dominus secundum carnem**”. Al referir a la tesis magnífica del **Primado de Cristo** el primer versículo del Génesis: **In principio creavit Deus coelum et terram**, hace el Paduano una aplicación luminosa y expone interpretaciones en perfecta concordancia con la tradición exegética y así dice: “Intellige per coelum et terram continens et contentum. **Deus id est Pater in Principio id est Filius**, creavit et recreavit”. Es admirable la aplicación exegética que hace san Antonio de este versículo a la causalidad final del Verbo Encarnado o Jesucristo: el cielo y la tierra—que expresan su belleza inmutable ante los coros angélicos y los ojos mortales de la carne humana—son el continente y el receptáculo en que respectivamente habitan los bienaventurados y los hijos viadores de Adán, los cuales vienen a ser como lo con-

tenido y lo encerrado dentro de sus ilimitadas fronteras, por lo mismo que en virtud y gracia de Jesucristo Rey y Redentor, Dios Padre—recreó su obra elevando a los Angeles y a los hombres mortales a una gloria de orden sobrenatural, renovando y recreando en Jesucristo lo que había creado y ordenado en el mismo Jesucristo, Príncipe de la totalidad exhaustiva de universos reales y de universos posibles.

Consecuencia inmediata de esta interpretación exegética referida al dogma de la Encarnación del Verbo, es el Principado universal y absoluto que Jesucristo ejerce como Señor y Rey sobre toda creatura angélica y humana. A la controvertida tesis de si los Angeles del Cielo merecieron la gracia sobrenatural y la gloria beatífica a causa de las influencias esencialmente causativas de la Encarnación, responde el Santo con una convicción tan acertada como incommovible que sería negar y rechazar el **Primado** universal de Cristo el afirmar y admitir la posible excepción de los espíritus angélicos respecto de la causalidad meritoria y final de su axaltación a la gloria de la visión del Padre, que no está en otra fuente omnipotente distinta de Jesucristo, su Hijo Unigénito. No sería realmente lógico asentar por una parte la supremacía de dignidad y grandeza que corresponde al Cristo del Señor sobre toda creatura y establecer por otra que los coros angélicos no deben su elevación sobrenatural y su alegría eterna a los poderes universales que, en su causalidad meritoria y final, entraña la Encarnación. La predestinación graciosamente misericordiosa de los elegidos de Dios y la reprobación rigurosamente justiciera de los apóstatas de la eterna verdad, no pueden desvincularse en su realidad venturosa e infausta de la soberanía suprema que ejerce Jesucristo, dentro de la economía universal y sapiente de la Providencia. Dios Padre ha dado a su Hijo la herencia total de las naciones y ha dejado en sus omnipotentes manos el juicio definitivo sobre la vida y sobre la muerte eternas, en un tribunal de suprema y universal jurisdicción. Los que escalaron las alturas infinitas del reino divino de la eternidad, se lo deben todo a la majestad dulcísima del Hijo de Dios hecho Carne y a su super-misericordia insondable; los que descendieron al oscuro averno, en que se expresa una final desgracia de sempiterna duración, llegaron allí por haber despreciado la humilde majestad humana y la **Primacia** incommutable de Jesucristo Rey, ya que El y sólo El es el camino, la verdad y la vida. Antonio de Padua corrobora su pensamiento teológico en la consideración exegética que hace al respecto, con motivo de uno de sus sermones sobre la Virgen María, a quien también corresponde el imperial señorío de la eternidad: "Iesus Christus est firmamentum altitudinis, id est angelicae sublimitatis, quam Ipse confirmavit, apostata cum suis angelis sequacibus dilabente... Iesus Christus, angelicae sublimitatis firmamentum, ipsius est pulchritudo: quos enim suae divinitatis praesentia consolidat, hos et suae humilitatis pulchritudine satiat: **Ipse est Beatitudo Angelorum**".

REX SUM EGO... Al Doctor Evangélico no se le escapó la consideración sobre aquel carácter soberano de que se halla revestido Jesucristo, por cuanto es el Hijo Unigénito de Dios encarnado; este carácter inmutable de esplendísimá soberanía universal es la **realeza**. Se desprende tal categoría como corolario de fúlgida luz y verdad de la posición misma **Primacial** y absoluta que ocupa el Verbo del Padre en cuanto Hombre dentro de los dominios universales de la creación. El Paduano comenta aquel versículo del Apocalípsis, donde el apóstol San Juan describe las regias insignias de honor y de majestad que distinguen al Cristo del Señor, que es Cordero inmaculado, en cuya sangre derramada se lavan los pecados todos del mundo. **Rex regum et Dominus dominantium** es la divisa que Jesucristo lleva inscrita en su muslo. En el sermón de la Dominica XXI de Pentecostés, hallamos claramente expresado el hondo sentir e iluminado pensamiento del Doctor Evangélico, referente a la exégesis o interpretación de aquel magnífico texto: "Regi regum et totius creaturae Domino Iesu Christo, qui angelis in coelo et hominibus praest". Un día cuando predicaba el Santo Doctor en Arles de Francia sobre Jesucristo Rey, tomando como texto el título de la cruz, Francisco de Asís—que se llamaba así mismo "Heraldo del gran Rey", se presentó súbitamente en forma milagrosa ante el auditorio, como para confirmar esta enseñanza sublime y hoy dogmática, que desde aquel entonces vino a ser doctrinal fundamental de la Orden Seráfica: la Realeza de Jesucristo.

Igualmente una de las mayores glorias de la Orden de los Menores es el culto de adoración latréutica, rendido al Santísimo nombre del Verbo Encarnado: Jesús. Cuando San Bernardino de Siena, el gran apóstol franciscano del cuatrocientos, predicaba en las ciudades y en los campos y ante esbaldos, reyes y prelados la grandeza adorable del nombre del Redentor y San Juan de Capistrano enarbolaba aquella gloriosa bandera en la que hizo inscribir con letras de oro el nombre de Jesús, para pasearla en triunfo por todas las regiones de su fecundo ministerio, hacía ya más de dos centurias que la Seráfica Orden había empezado a tributar público homenaje de adoración latréutica a este dulcísimo nombre, en virtud de los ejemplos de Francisco y las predicaciones jubilosas de Antonio de Padua. He aquí cómo se expresaba en su elocuencia luminosa el Doctor Evangélico, con referencia a esta verdad profundamente dogmática, que la Santa Iglesia ha confirmado mediante culto canónico y universal. "Nomen dulce, Nomen delectabile, Nomen confortans peccatorem, Nomen beatæ spei: jubilus in corde, melos in aure, mel in ore. De hoc Nomine exultans Sponsa in **Canticis: oleum effusum Nomen tuum**. Nota quod oleum quinque facit: omni liquore supernat, dura mollificat, aspera indulcat, obscura illuminat, corpora satiat. Sic, hoc Nomen Iesus omni hominum et angelorum dignitati superexcellit, quia in Nomine Iesu omne genus flectit genu. Si Ipsum praedicas, dura corda mollificat; si invocas, asperas tentationes

inducat; si cogitas, cor illuminat; si legis, mentem satist. Et attende quod hoc Nomen Iesus non dicitur tantum oleum, sed additur; effusum. Ubi et de quo? De corde Patris in coelo, in mundo et in inferno. In coelo, ad exultationem Angelorum. . . . in mundo, ad consolationem peccatorum. . . . in inferno, ad liberationem captivorum”.

La inefable devoción, tan extendida hoy en el amplio templo de la Iglesia universal, respecto del Corazón adorable de Jesucristo, fue siempre en todo tiempo constante y solemne dentro de los iluminados recintos y ardorosas escuelas de la Orden Seráfica. No es, pues, extraño ni insólito el que Santa Margarita María Alacoque recibiese en sus visiones un experto guía e insospechable conductor, que pudiese enseñarla los íntimos secretos del Corazón de Cristo: éste fue San Francisco de Asís. Tan saludable como santísima práctica de latréutica piedad fue reiteradamente recomendada por San Antonio de Padua, con palabras de severa exactitud dogmática y emocionada exaltación mística. Escuchemos el conmovido acento, tan penetrante como armonioso en la musicalidad divina de su emoción, con que expone en la octava de Pascua a los fieles de Limousin en Aquitania esta verdad de profundo contenido dogmático y rica por lo demás en múltiples efectos de santificación y de esperanza infalible: “Christus ostendit nobis latas, dicens: ecce latas ex quo vos fideles, Ecclesia mea, geniti estis, sicut Eva ex latere Adae procreata. Lancea apertum fuit ut vobis portam paradisi, Cherubim et fiammeo gladio clausam aperiret”. Dando pábulo a nuestro anhelo juzgamos que el glorioso Doctor Evangélico hizo, en la propia ciudad de Padua cuna póstuma de su doble inmortalidad, este bellissimo comentario a las palabras del mismo Cristo que trae el Evangelio de San Juan: **per Me si quis introierit, salvabitur**, comentario genuinamente exegético cuyo tenor transcribimos: “per Me, id est: per latas meum lancea perforatum. Si quis fide, passione et compassione introierit, salvabitur sicut columba in foramine petrae a facie accipitris, ipsam rapere machinantis. Et sic ingredietur ad circumspectionem et examinationem sui et egredietur ad conculcandam et fugiendam vanitatem mundi. . . . Qui igitur sic ingredietur et egredietur, pascua inveniet, schilicet, in latere Christi”.

Estrechamente unida a esta devoción del Corazón de Cristo, se presenta en Antonio la expresión hondamente filial de un culto magnífico al Corazón Inmaculado de María, dejando así una herencia de gloria a la Orden Seráfica que recogió el legado insertándolo en la pública oración litúrgica propia de los Menores. En el **Sermón** de la Natividad del Señor nos habla el Santo de “las excelencias del amor divino en el Corazón Inmaculado de María” y al predicar con motivo de la festividad de la Anunciación o Encarnación del Verbo se hace lenguas de fuego para exaltar las prerrogativas y glorias de este Corazón maternal, cuya suma humildad y pureza celestial es inconquistable fortaleza de refugio para aquellos que se acogen a la protección omnipotente de su ternura y amor.

En gracia de la brevedad, vamos a exponer sucintamente la doctrina del Doctor Evangélico referente a los privilegios con que fue exornada, por la omnipotencia divina, la Virgen María. Con la elevación de un amor sapiente, que es el que precisa la solidez dogmática del inmortal Paduano, se expresa el autorizado Doctor respecto de este objeto en múltiples ocasiones de memorable recuerdo. Hagamos, pues, una corta pero fiel reseña: 1º **Predestinación absoluta.** Según Antonio de Padua existe “un solo y eterno y absoluto decreto de predestinación, referente a la Encarnación del Verbo y a la Maternidad divina de María: “Solium gloriae altitudinis a principio, id est a mundi constitutione, praedestinata est Mater Dei in virtute secundum Spiritum sanctificationis”, dice el Santo en uno de sus sermones sobre la ASUNCION gloriosa de María 2º **Concepción Inmaculada.** Siguiendo fidelísimamente Antonio de Padua a los Santos Padres y aduciendo innumerables textos de doctores antiguos, aplica sin vacilación en este particular a la Virgen María las figuras y los símbolos que luminosamente la señalan en el Antiguo Testamento y expresa con una claridad su parecer dogmático, en frases de intensa luz teológica y en oraciones de profunda significación mística: “Mater Dei est petra deserti, quia inarabilis, super quam coluber—id est diabolus non potuit invenire semitam. Est columna nubis; id est columna, quia nostram fragilitatem sustentat et nubis, quia a peccatis immunis. Est thronus Dei Filii de ebore confectus, quia María Virgo fuit cándida innocentiae, frigida sine libidinis ardore. Et libanus non incisus est Beata María, quae nullius concupiscentiae fomite ferro unquam fuit incisa”. 3º **Mediación Universal.** Al interpretar aquí el Santo una pro-magnífica profecía de **Oseas et erit quasi oliva gloria eius et odor eius ut Libani** se explaya en consideraciones de altísimo valor exegético y profundo contenido dogmático: “Oliva pacem et misericordiam significat. Beata ergo María, Mediatrix nostra, inter Deum et hominem pacem reformabit. Unde de Ea dicitur in Genesi **ponam arcum meum in nubibus caeli.** Est etiam oliva misericordiae, unde dicit Bernardus **securum habes, Homo, accessum ad Dominum, ubi habes ante Filium Matrem et Filium ante Patrem.** Et odor eius ut Libani: Libanus interpretatur candidatio et significat innocentis vitae Mariae candorem, cuius odor circumquaque diffusus, mortis vitam, desperatis veniam, penitentibus gratiam, inustus gloriam respirat. Ipsius ergo precibus et meritis ros Spiritus Sancti mentis nostrae ardorem refrigerat, peccata dimittat, gratiam infundat, ut ad aeternae et immortalis vitae gloriam pervenire mereamur”. 4º **Asunción de María.** El Paduano desenvuelve, para este misterio de la muerte y resurrección de María, una paráfrasis de ampliación admirable y divina respecto de aquel célebre versículo del gran profeta de la Encarnación del Verbo y Maternidad Virginal de María, el iluminado Isaías: **locum pedum meorum glorificabo.** Antonio de Padua comenta este versículo con plenitud significativa: “Locus pedum Domini fuit Beata María Virgo, ex qua

humanitatem accepit; quem locum hodierna die Asumptionis glorificavit, quia Ipsam super Choros Angelorum exaltavit. Unde in Psalmo: *exsurge, Domine, in requiem tuam, Tu et Arca sanctificationis tuae. Surrexit Dominus dum ascendit ad Patrem; surrexit et Arca sanctificationes suae cum in hac die Mater Virgo ad aethereum thalamum est assumpta*".

Finalmente, la adhesión integérrima que Antonio de Padua profesó a la santa Iglesia Romana halla en los escritos de su pluma admirable un vivo y elocuente testimonio, que adquiere las proporciones de monumento histórico-apologético y que hubo de servir, en épocas posteriores de rebelión y de cisma, como contundente prueba para defender la incolumidad y soberanía primacial de la Silla Apostólica. Siguiendo la huella luminosa y rútila del seráfico Padre Francisco—quien impone en la Regla a sus hijos el ser súbditos sumisos de la Cátedra de Pedro—reafirma el Paduano esta resolución normativa inmutable con palabras de contenido dogmático, universal y católico. Esta es la magnífica y enjundiosa oración que se halla hondamente insertada en uno de sus escritos, en el cual habla del Primado incontestable de Pedro y de sus Sucesores en el Episcopado Romano: "*Claves quas Christus Petro donavit sunt dicendi scientia et potentia, qua dignos recipere et indignos excludere debet a Regno Coelorum. Habet etiam Ecclesia hanc potentiam in presbyteris et episcopis, sed ideo Petrus specialiter eam accepit, ut omnes intelligant quod quicumque ab unitate dei et societate eius se separaverit, nec a peccatis solvit, nec Coelum ingredi potest*".

Tal es, pues, la fisonomía histórica de Antonio de Padua, contemplada desde los ángulos centrales de su poderosa y magnífica competencia doctrinal. El áureo marco que acentúa, entre espléndidas líneas de indeclinable luz, esta procerca figura del catolicismo—tan plena de sabiduría como de virtud y de poder—es el supremo y definitivo juicio que la Santa Sede apostólica acaba de pronunciar, confirmando oficialmente al Santo Taumaturgo Franciscano, el título glorioso de DOCTOR EVANGELICO. Toda la tradición doctrinal de nuestros doctores y todo el fervor apostólico de nuestros misioneros arranca, como de fuente original y fecunda, de la persona misma preclarísima de Antonio de Padua, quien desde el principio fue colocado por el prestigio mismo de su doctrina y de su celo divino bajo las bóvedas iluminadas del templo eterno donde la Iglesia Católica ejerce la infalible potestad de su magisterio y el supremo poder de su apostolado salvífico.

Aspiremos por recibir dentro de nuestros espíritus la claridad profunda y la renovadora influencia de las enseñanzas y doctrinas del Doctor Evangélico, en aquel carácter específico de su vertebración dogmático-exegética y de su luminosidad ético-mística. Así las inquietudes y angustias—que tal vez produce hoy en nuestros espíritus la voz claudicante de la apostasía—serán divinamente sosegadas por las orientaciones seguras que se desprenden—con univer-

sal magisterio—del caudal luminoso de doctrinas que guarda en sus inmortales escritos Antonio de Padua. Acercádonos, pues, a El aspiraremos el exquisito perfume de sus agregias virtudes y daremos amplia cabida a los raudales lumínicos de su enseñanza, y entonces conoceremos mucho mejor las formas armonicasas de su espíritu y contemplaremos con mayor anhelo los nimbos oficialmente auténticos de su doctorado, formas de armonías y nimbos de luz que enmarcan universalmente el pristino y eterno prestigio de su eximia santidad y elevadísima sabiduría.

